



# PERIODICO PARA TODOS

Administración:  
CH 1236 CARTIGNY/GE  
Suiza

PUBLICACION QUINCENAL

Subscripciones  
Suiza, 1 año . . . Fr. 5.--  
Otros países . . . \$ 3.--

## Vivir la verdad es la sabiduría divina

Exposición del Mensajero del Eterno

**L**OS caminos divinos son armoniosos. Procuran orden, conveniencia, dignidad, sabiduría y amor. Cuando se siguen producen gozo, paz y bendición. Con el conocimiento de la ley universal, hemos podido darnos cuenta de las intenciones caritativas, amables, llenas de benevolencia y de afecto del Eterno, que están en la base de los principios que El puso de manifiesto para la creación de todo lo que existe en el universo entero.

La creación de los mundos, de los astros, de la tierra y de todo lo que contiene, todo fue hecho de manera que cada ser y cada cosa existieran para el bien unos de otros. Cuando yo pude discernir esta maravillosa ley que rige todo y a todos, me sentí profundamente regocijado. Es mediante el conocimiento de esta ley inefable que pude reconocer el carácter divino. Es lo que me permitió discernir que es imposible que Dios castigue, porque esto no es según sus principios.

En cierto sentido, es fácil de comprender. En efecto, si alguien comete una mala acción, y que otro individuo le inflige un castigo, el mal no es reparado con el castigo; es simplemente un segundo mal agregado al primero. Por consiguiente, hay dos malhechores en vez de uno. Los principios divinos son diametralmente opuestos a esta forma de proceder, y no castigan el mal bajo ninguna forma; sólo producen bien, mejoran, dispensan la armonía, el equilibrio, el gozo y la paz.

La base dada a la humanidad para realizar la vida y la bendición es la ley universal. Esta ley muestra que hay que existir para el bien del prójimo, y que mientras no se exista para su bien, se es un malhechor. Se hace uno mal a sí mismo en primer lugar, porque Dios, según su sabiduría infinitamente variada, creó el organismo humano sometiendo a la ley de la bendición y del equilibrio. Tan pronto como el hombre viola esta ley, los principios mórbidos empiezan a obrar en él.

Es lo que hemos mostrado continuamente en estos últimos tiempos. La circulación es absolutamente indispensable en todos los dominios y en todas las direcciones. La observamos en la tierra, por medio del sistema hidrográfico, igualmente en nuestro cuerpo por la circulación de la sangre.

También la vemos entre los seres humanos, mediante las afinidades de simpatía, los intercambios armoniosos de benevolencia y de afecto; estos últimos deben expresarse en ellos y unirlos unos a otros por medio de la circulación del fluido del amor verdadero.

Este fluido amable debería circular continuamente entre los miembros de la familia humana,

ya sea que esté reunida en gran número o en pequeños grupos. Tan pronto como cesa esta circulación, es un déficit para el organismo, pues tampoco la indiferencia es buena para los nervios sensitivos; estos últimos tienen una absoluta necesidad del alimento manifestado por el amor verdadero.

Las animosidades, los rencores, los sentimientos amargos, provocan crispaciones nerviosas; obran como un impedimento en el cuerpo humano que paraliza los efluvios de la vida. Por lo tanto, todos estos sentimientos son un perjuicio muy grande para el hombre, y deben ser evitados cuidadosamente. Si se manifiestan constantemente, la vida no puede ser mantenida suficientemente en el organismo; pues es interceptada por este freno que funciona continuamente. Finalmente, acaba con la completa destrucción del individuo.

Vemos cuán importante es para el hombre la circulación de los buenos pensamientos y de los buenos sentimientos. Este intercambio provoca actos altruistas, favorables a los que los practican y a los que los reciben; a condición desde luego que estos últimos den la equivalencia por la gratitud. Este es un sentimiento sumamente favorable e indispensable al organismo.

Moisés dio al pueblo de Israel enseñanzas completamente justas; pero el Señor Jesús vino a traer maravillosas precisiones. El declaró: "Moisés os dijo esto y aquello, mas yo os digo..." "El puso directamente el dedo en la llaga, y trajo esclarecimientos magníficos. El precisó por ejemplo: "Oísteis que fue dicho: No cometerás adulterio. Mas yo os digo que cualquiera que mira a una mujer para codiciarla, ya adulteró con ello en su corazón".

No es suficiente, pues, abstenerse de los actos; los pensamientos bastan para hacer de nosotros un malhechor. El que siente animosidad contra cualquiera, es ya un homicida. Por tanto, no debemos odiar a nadie, ni siquiera a los más grandes malhechores, porque es contrario a la ley de la vida. Moisés decía ya al pueblo de Israel: "Escoge la vida para que vivas." Esto equivalía a decir: "Escoge los caminos que convienen a tu organismo". Son los caminos divinos que permiten en el cuerpo la circulación perfecta del espíritu de amor, indispensable a la vida del hombre.

Se requiere toda clase de cosas para obtener la vida durable. Como lo dicen las Escrituras: "No sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios". Esto significa que el hombre vive de las instrucciones que le son dadas y que, si son seguidas, producen un magnífico resultado. El Señor muestra en Lucas 6 que es preciso amar a nuestro prójimo,

mo, e incluso a nuestros enemigos.

Pero, actualmente, los seres humanos son tan degenerados que ni siquiera son capaces de amar verdaderamente a sus propios amigos. En efecto, ¿Qué mayor amistad puede haber en la vida que la que se manifiesta entre un marido y su compañera? Sin embargo, en los mejores matrimonios hay de vez en cuando sentimientos amargos que suben en el corazón de un cónyuge respecto al otro.

Como lo vemos, la amistad en el seno de los seres humanos no es muy profunda, si no, tales sentimientos no podrían manifestarse, serían imposibles. La estabilidad en los sentimientos no podría romperse; el amor sería siempre capaz de tender un puente en todas las circunstancias. Pero este no es el caso en el seno de los seres humanos caídos, a causa del poder del egoísmo que los tiene sujetos.

El corazón del Eterno es de una estabilidad completa, no hay en Él ninguna variación, ningún cambio. El es de una fidelidad absoluta, se puede contar con Él en todos los sentidos y en todas las direcciones. Es esta estabilidad de carácter que hemos de alcanzar, y que sólo podemos adquirir en la escuela de Cristo. Nos dicen las Escrituras: "Bienaventurado el hombre que soporta pacientemente la prueba, porque después de haber sido probado recibirá la corona de vida".

En efecto, es preciso haber pasado por muchas experiencias, hasta que podamos manifestar una estabilidad completa en las pruebas, cualesquiera que sean. Cuando hemos adquirido esta capacidad, entonces hemos llegado a ser viables. Este es un trabajo arduo y de fondo, pero el Señor nos asegura el éxito si combatimos según las reglas. Por tanto, es lógico que recibamos las pruebas con entera buena voluntad. En efecto, debido a que tenemos un carácter defectuoso, es indispensable la prueba para que pueda operarse la reforma de nuestro corazón.

Por mi parte, aprendí a temer las pruebas de abundancia, de prosperidad y de bienestar, más que las pruebas de dificultades y de renunciamiento, porque las pruebas de bendición son mucho más sutiles que las otras. La adversidad nos acerca automáticamente al Eterno, porque sentimos la necesidad de apoyo y de socorro, mientras que la prueba de la prosperidad no la consideramos de la misma manera. Esta debería provocar siempre en nosotros un sentimiento de profundo apego y gratitud; pero como somos tan egoístas, necesitamos pasar por toda una educación a fin de adquirir esa sensibilidad que debemos absolutamente manifestar para ser viables.

Si recibimos en abundancia, y al mismo

tiempo realizamos la equivalencia requerida de gratitud, el equilibrio se establece, el circuito es obtenido y todo va bien. Pero si recibimos continuamente beneficios, sin procurar satisfacer la ley de las equivalencias con sentimientos de gratitud y de adhesión, no tarda en manifestarse el desequilibrio.

Es como para alguien que ha comido bien y que en vez de dejar tiempo a su estómago para digerir, se sienta todavía a una mesa llena de sustanciosos manjares que toma sin discernimiento. Estos le ocasionarán forzosamente una indigestión, y en lugar de que la comida le haga bien, le procurará toda clase de trastornos. El que se conduce de esta manera, acumula en su organismo una cantidad de linfa que no podrá ser utilizada y que, un día u otro, le hará una mala pasada, porque el excedente de linfa es un foco de contagio.

Si este individuo entra en contacto con una enfermedad infecciosa, puede estar seguro de cogerla. Se vio claramente en 1918, cuando la gripe española (dicho de otro modo la peste a consecuencia de la guerra mundial) azotó a Europa con mucho rigor un poco por todas partes. ¿Quiénes la contrajeron? La mayoría fueron personas gruesas y sanguíneas, cargadas de linfa, especialmente los grandes bebedores de leche. Las personas menudas y de apariencia frágil escaparon más fácilmente, porque no había en ellas una acumulación de materias extrañas al organismo, expuestas a recibir el germen del contagio.

Es una maravillosa gracia conocer la verdad. Podemos así darnos cuenta del porqué de las dificultades que se presentan a nosotros. La causa no la ignoramos, sabemos a qué atenernos, y podemos así recibir las pruebas con pie firme. Estamos persuadidos de su utilidad y seguros de que el Señor conduce nuestra barca con una firmeza maravillosa. Sabemos que todo concurre para nuestro bien y que las dificultades son indispensables para que podamos llegar a ser verdaderos hijos de Dios, los cuales están continuamente bajo la influencia del fluido vital. Tan pronto como nos encontramos bajo esta influencia no corremos ningún riesgo.

Los seres humanos estarían perdidos para siempre sin el sacrificio de nuestro querido Salvador. Mientras que a causa del pago del rescate, que realizó el Señor Jesús con su sangre derramada en la cruz, hay la esperanza brillante y reconfortante de la resurrección para cada uno. Los que han descendido a la sombra de muerte, es decir al sepulcro, oirán la voz del Hijo de Dios y saldrán de sus tumbas. Esta es una perspectiva maravillosamente consoladora para todos los corazones.

Cuando los humanos mueren, se van simplemente a dormir hasta el día en que serán devueltos a la vida por nuestro querido Salvador. En efecto, las Escrituras dicen: "No hay obra, ni pensamiento, ni ciencia en el Seos (la tumba) donde vas". Cuando vuelvan a la vida, los seres humanos tendrán simplemente la impresión de despertarse del sueño de la noche. Por lo tanto, nadie está en peligro, a causa de la salvación que se manifiesta en Jesucristo, nuestro querido Salvador.

Los caminos del Eterno son totalmente distintos de los que siguen los seres humanos, porque estos últimos son guiados por el egoísmo. De esta manera, todo lo que ellos manifiestan se apoya en una falsa base, que sólo puede conducirlos a la más completa decepción, porque no podemos cambiar la ley de nuestro organismo.

Esta ley es inmutable y, si queremos prosperar, nos obliga a seguir cierta línea de conducta.

Para tener la vida, es menester vivir en el Reino de Dios, porque es solamente allí donde se viven los principios divinos, los principios de la vida. Si vivimos en otra parte, nuestro organismo no puede aguantarlo. No puede soportar indefinidamente la violencia a la que le sometemos, y periclita. El salario del pecado es la muerte, mientras que el don de Dios es la vida eterna en Jesucristo, nuestro querido Salvador.

Por lo tanto, asociémonos con todo nuestro corazón a la obra del Señor que es sublime, maravillosa. Para esto se necesita la inteligencia del corazón, la sensibilidad para el bien, la instrucción de la gracia divina. No es con la inteligencia humana como se pueden comprender los caminos divinos, hace falta que vibre el corazón y que el ideal del Reino nos electrice y nos entusiasme.

Todos esos teólogos, a quienes el Hijo de Dios dio su testimonio, no aceptaron las palabras de nuestro querido Salvador y se mostraron enemigos declarados del Reino, aunque estuvieran muy versados en las santas Escrituras. Pues sólo su cerebro estaba impresionado y no su corazón. Ellos eran muy religiosos y hacían interminables oraciones, pero su corazón permanecía seco. Era tan sólo de labios para fuera que oraban, mientras que sus pensamientos estaban en otra parte.

Hay también entre nosotros amigos que hacen oraciones muy largas en la asamblea. Desde luego está muy bien presentar súplicas al Eterno con un corazón sincero y adicto, con entusiasmo y expresando toda la gratitud y la alegría que sentimos en lo más hondo de nuestra alma. Pero gastemos pocas palabras, y esforcémonos en existir para el bien de nuestro alrededor. Pues es imposible seguir como conviene una larga oración y poner en ella la intensidad de fervor que requiere.

En la asamblea es preferible acortar cuando se ora, pero poniendo en ello todo el ardor requerido del corazón. Así nuestra oración será una inmensa bendición. En cambio, cuando estamos solos con el Eterno, podemos orar tanto tiempo como queramos; pero cuando estamos en compañía, oremos sucintamente para que los que nos escuchan puedan seguir con todo su corazón y asociarse verdaderamente a nuestra demanda.

Es preciso que podamos habituarnos absolutamente a existir para el bien de nuestro prójimo en todos los sentidos. Todo lo que hagamos para el bien de otros se repercutirá en nosotros en bendición. Si hacemos un esfuerzo para favorecer a nuestro hermano o a nuestra hermana, el esfuerzo hecho nos comunicará un poder que será una ventaja para nosotros en las luchas posteriores.

La abnegación, el renunciamiento y el trabajo que nos tomamos para procurar estímulo a otras personas, son tesoros de bendición que hacemos en beneficio nuestro. Pero a menudo, cuando se presenta el momento de hacer el bien, nos olvidamos de esta profunda verdad, porque nos retiene el egoísmo que nos cierne todavía tan fuertemente. Perdemos entonces la ocasión de cambiar de mentalidad y de recibir la bendición. Recordemos bien que no hay prueba inútil, y que todas son una fuente de bendición para un hijo de Dios.

Es indispensable que las recomendaciones tan juiciosas del apóstol Santiago no sean para nosotros palabras vanas: "Bienaventurado el

hombre que soporta pacientemente la prueba, porque después de haber sido probado recibirá la corona de vida". Al contrario, es útil que nos compenremos bien de ellas y obremos en consecuencia, para que podamos cosechar sus felices y benditos frutos. Si nos esforzamos en soportar pacientemente las dificultades del día, adquiriremos la paciencia, que es una virtud preciosa e indispensable.

Cuando el adversario no pueda más excitarnos a la impaciencia, ya habremos ganado sobre él mucho terreno. La paciencia no se adquiere de la noche a la mañana. No podemos decirnos: "A partir de hoy no quiero impacientarme más", y pensar que desde ese momento lo habremos conseguido, y que podremos ser pacientes en todas las circunstancias y en todas las situaciones. Se necesitan toda clase de pruebas para adquirir ese paciente aguante que debe permitirnos permanecer de pie en la hora de la tentación.

El que tiene el deseo de adquirir las virtudes divinas a toda costa, saluda las pruebas con gratitud, cualesquiera que sean, sabiendo que son ayudas indispensables para lograr la completa transformación de los sentimientos del corazón. Cuando consideramos las cosas de la buena manera, todo es grandemente facilitado y la carrera se hace de un interés palpitante. Cada mañana nos regocijamos de las experiencias que puedan manifestarse.

Y si por falta de vigilancia damos un resbalón, el espíritu de la gracia divina viene a recordarnos que siete veces cae el justo y siete se levanta. Esto nos procura nuevo valor para volver a empezar con más fervor que nunca. Si seguimos con perseverancia este maravilloso proceso, estamos seguros de ganar la victoria. Al Señor le agradan los valientes y pone a su disposición su brazo socorredor.

Combatamos, pues, el buen combate, esforzándonos en vencer el espíritu del adversario, que está aún fuertemente expresado en nuestro corazón. Esforcémonos sobre todo en desembarazarnos de la hipocresía, y en ser rectos y verdaderos. Al vivir fielmente la verdad, podremos desplegar un grandioso poder de bendición alrededor de nosotros.

Si sembramos buena simiente, podemos estar seguros de que nacerá y dará un magnífico resultado. Es lo que queremos tratar de realizar con todo nuestro corazón, ejercitándonos en el paciente aguante. Con esto llegaremos a poseer nuestras almas y alcanzar la meta a la cual hemos sido llamados, para la gloria del Eterno y nuestra bendición definitiva.



### Preguntas para el cambio – del carácter –

1. ¿Cuáles han sido nuestros progresos en el amor, el altruismo y la humildad?
2. ¿Estamos persuadidos de la utilidad de las pruebas, seguros de que el Señor lleva maravillosamente la barca?
3. ¿Hemos existido para el bien, evitando en asamblea hacer largas oraciones?
4. ¿Hemos permanecido amables, pudiendo siempre ser un estímulo para otros?
5. ¿Nos han permitido nuestros esfuerzos de perseverancia resistir mejor al adversario?
6. ¿Hemos equilibrado las pruebas positivas con una profunda gratitud y una adhesión cada vez mayor al Eterno?